

busco tu beso maternal, tu caricia,  
el suspenso de mi fluir, tu viejo aroma".

(Poema *A tí, regreso*, p. 23)

En síntesis, en el artista la selección de elementos de la realidad y su cristalización en elementos poéticos no obedece a una ordenación lógica, porque el poeta —a diferencia del filósofo— carece de una visión racional o integral de la vida. ¿Cómo llega entonces a la gestación de la obra poética? Sin duda alguna el sentimiento, la intuición y la inspiración constituyen el eje del crear artístico. Cuando la tensión emocional del sentimiento llega a su expresión máxima estamos en presencia de ese filtro mágico que se llama la inspiración. Sin esta concurrencia de circunstancias el inmortal soneto de Quevedo: "Cerrar podrá mis ojos la postvera" —como afirma Amado Alonso— habría pasado inadvertido a las generaciones venideras.

Aplicado este criterio a Merino Reyes, poeta, podríamos afirmar que su poesía no está ayuna de estas circunstancias constitutivas del crear poético. Sentimiento, intuición, tensión emocional o inspiración están latentes en la contextura íntima de los poemas de este opúsculo que bien pudiéramos considerarlo como un breviario de amor.

CORA SANTANDREU



*Para Subir al Cielo*, por ENRIQUE LAFOURCADE  
Editorial Zig-Zag. 1958.

HE AQUÍ UNA NOVELA con sentido didascálico, quien sabe si moralista. El tema, vertebrado en torno a una canción popular, glosa la posible ascensión a los altos cielos de la felicidad y de la vida por una escalera de muy diversos peldaños, según las condiciones, y de acuerdo con la cifra espiritual de los individuos que emprenden la subida por sus primeros tramos.

Hay en la obra un contrapunto de personajes y de ambientes sociales. No existe entre ellos un total antagonismo. Más bien, es posible su integración, su cordial amalgama, su fusión en pos de anhelos, cuya aureola recibe destellos de una misma luz. De ahí, el sentido ejemplar de la obra.

El personaje central, el protagonista, como dirían los griegos, es un hombre casi misterioso. Marino, navegante, aventurero. A lo largo de su función novelesca, deambula por los cerros de Valparaíso, frecuenta casas de vicio, conoce

la pobreza, si bien de una manera voluntaria. Tiene mujeres que lo aman, dueñas de lupanar que lo miman, posibilidades de redención. Pero él quiere elegir el camino más difícil para ascender por esa escalera, vislumbrada en momentos de desgracia. Y, como es lógico, los peldaños de esa escalera se le quiebran, mejor dicho, se le esfuman, antes de poder utilizarlos. Un barco se ha perdido en la bruma, una situación problemática se ha instaurado en su mente. La novela no termina, queda abierta, puede admitir innúmeros capítulos, con sólo crear nuevas anécdotas secundarias. Quizás, la novela fue así concebida. Pero el hecho concreto es que *Para subir al Cielo* nos deja la sensación de una obra inconclusa, sin que nadie haya alcanzado posibilidades de culminación, en uno u otro sentido. Los personajes secundarios se esfuman, se deshacen, en cuanto se cierran las últimas páginas de la obra. Posiblemente, tal era su función en el concierto novelesco.

Ahora bien, hay en estas páginas sagacidad de gran novelista, riqueza imaginativa, maestría en los diálogos, bellos cuadros perfectamente concebidos y cerrados. El lenguaje es de gran precisión. Con frecuencia, interesantes fugas líricas exaltan ciertos capítulos. En suma, un balance muy favorable.

Hay en la novela dos figuras muy bien trazadas. Angela y Antinous, hermanos, pertenecientes a una familia acomodada. El autor los saca de su medio, los proyecta hacia el vivir del protagonista, pone en contraste situaciones vitales, extrañas, posibles, aleccionadoras, sin embargo.

Veamos un bello párrafo, una presentación de Angela: "La mañana sorprendía siempre a Angela. El sol, deslizándose en el dormitorio, entre las junturas de las cortinas, el griterío de los gorriones en el ceibo, la luz que coloreaba las flores de fina lana persa, las aves montañesas, los rectángulos y bizcochos de las orillas de la alfombra. Un día nuevo. Asomaba su rostro. Volvía a esconderse."

Y anotemos un rasgo psicológico de Antinous: "Sintió cantar a Antinous. Entró al dormitorio. Le sorprendió frente a un gran espejo, con su bata de seda color tabaco, en una actitud de joven y guapo ministril que habla de faenas heroicas. Al ver a su hermana, Antinous corrió a abrazarla, con una efusividad de la que vanamente procuró defenderse la muchacha."

Angela hará cosas, aparentemente, sin sentido. En manos del marino desconocido vivirá momentos de ridiculez aparente. El autor nos dirá: "La existencia del hombre está formada de tantos actos sin sentido, tantos gestos equivocados, tantas palabras nunca dichas." Y la novela seguirá su curso. Y cuando llegue a su posible culminación, leeremos un bello fragmento, perfecto, de gran pureza estilística: "El resplandor rojizo en la línea que dividía

los cerros del cielo y que embellecía los eucaliptos, anunciaba el sol, aquel obstinado sol de cada día. El camino se convirtió, imperceptiblemente, en sendero, y luego, en desnuda pendiente. Isolda jadeaba, sofocándose, pero Lucanor parecía no advertirlo, subiendo siempre con paso elástico, entre las finas y húmedas hierbas, de espaldas al mar, con su rostro duro, lívido, con la barbilla azul y los ojos vidriosos y empañados."

*Para subir al Cielo* está en la línea de la nueva orientación de la novelística chilena. Algunos caracteres de la novela están trazados con exactitud, con muy fina penetración psicológica. No creemos que sea el destino el que trunca la vida de unos enamorados, sino, más bien, la voluntad consciente de ellos mismos.

V. M.



*Cuero Duro*, novela de HERNÁN JARAMILLO

TIENE ALGUNOS ANTECEDENTES de linaje criollista, la novela *Cuero Duro*, de Hernán Jaramillo, recién publicada por Nascimento. Algunos consanguíneos de raza plebeya y otros de estirpe más acomodada, limítrofes con la más alta burguesía. El primo hermano pobre de Avelino Fuentes Orellana, héroe y protagonista, cuya monstruosa longevidad y piel sufrida, le traen el apelativo de *Cuero Duro*, es Pilintra, personaje de *La Caleta*, de Leoncio Guerrero, siempre acorralado por la miseria que lo fustiga desde afuera y el alcohol que lo enerva y enloquece por dentro, lanzándolo a una vida oprobiosa, inútil. Ambas novelas, por lo demás, la de Guerrero y Jaramillo, señalan un rebrote del criollismo, cuyos maestros indiscutibles han sido Mariano Latorre, Luis Durand, sin perder de vista, acaso al más poeta de todos, a Federico Gana, el insubstituible creador de *La Señora*.

Hernán Jaramillo y Leoncio Guerrero se hermanan también por su inclinación a un feísmo oprobioso que en Jaramillo, tal vez más metafísico que Guerrero, se convierte en la exaltación bíblica de un héroe manso, paciente como Job, cuya potencia genética se asienta acaso en la sobriedad de su alimento.

Los parientes más linajudos de *El Mochó* o *Cuero Duro*, son Anselmo Mendoza, el feroz y tierno protagonista de *Frontera*, de Luis Durand, y don José Pedro Valverde, así no omitiendo el dómine, el *Gran Señor* y *Rajadiblos*, de Eduardo Barrios. Sólo cabría establecer otros matices que ya nada